Yu Lan, el niño aviador de China

Pearl S. Buck

Pearl S. Buck escribió algunos cuentos para niños, todos ellos tienen en común el deseo de explicar a la gente de América y Europa la naturaleza y el modo de ser de China según palabras de la propia autora.

En *Yu Lan, el niño aviador de China* nos narra la historia de un niño chino al que le encantan los aeroplanos y su encuentro con un piloto norteamericano.

Pearl S. Buck

Yu Lan, el niño aviador de China

ePub r1.2
Titivillus 26.10.15

Título original: *Yu Lan, flying boy of China*
Pearl S. Buck, 1945
Traducción: José Mª Claramunda Bes

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

HUBO una vez en China un niño, llamado Yu Lan, que no pensaba más que en los aeroplanos. Todos los ratos que tenía para jugar los empleaba en construir aviones, utilizando materiales tan baratos como el papel y la madera, cañitas de bambú y minúsculos retales de seda, trocitos de metal y cordeles. En sus libros de estudio, en los blancos espacios de las páginas no cubiertas por los caracteres de imprenta, dibujaba aeroplanos de todos los modelos que su infantil imaginación podía concebir.

Mas ninguno de los aparatitos que salían de sus manos era perfecto. La razón de ello estaba en que, realmente, Yu Lan nunca había visto de cerca un aeroplano. Sólo los había visto volar cruzando el cielo y muy altos sobre su cabeza. Él era un niño chino y buen patriota a la vez, y no le gustaba copiar tales aviones, que eran todos del enemigo con quien su patria estaba en guerra. ¿Cómo se las había de componer para lograr su propósito? Habitaba en un casi ignorado pueblecito, del que no se acordaba nadie ni siquiera en estos bélicos tiempos. Las máquinas voladoras que pasaban por allí iban a otros lugares, a ciudades o poblaciones grandes, y, si a algún piloto se le ocurría mirar hacia abajo, todo lo que veía era un puñado de parduscas casas con tejas de paja que parecían brotar de la morena tierra como los hongos. Claro está que los aviadores no podían ver a Yu Lan vestido con su chaqueta y sus pantalones de algodón azul, ni el amarillo rostro del niño vuelto hacia el cielo.

—Quisiera que uno de esos aeroplanos cayese en nuestros campos —dijo un día Yu Lan a su padre.

Su padre, de apellido Kung, era el maestro de escuela del lugar. Pasmado se quedó el buen señor al oír lo que su hijo había dicho.

—Y ¿qué haríamos con un avión, particularmente si había un enemigo dentro? —preguntó.

—Procura, si deseas algo, que no sean barbaridades como ésa —dijo su madre al muchacho.

Barría a la sazón la mujer el escalón de la puerta. Alzó la vista mientras hablaba, porque, en aquel entonces, tres aviones se remontaban en el azul del cielo. Yu Lan salió corriendo para verlos. Volaban más bajo que de costumbre, y el niño pudo distinguir bien la anchura de las alas y la forma de la cola de aquellos pájaros mecánicos. Desaparecieron de la vista en un abrir y cerrar de ojos. Yu Lan volvió a entrar en su casa y se metió en su cuarto a dibujar en un pedazo de papel lo que recordaba de los aparatos que acababa de ver. Guardó luego el papel en una caja que tenía; esa precaución era necesaria porque sus hermanos pequeños, Yu Ren y Yu Fang, y su hermanita Mei, eran unos chiquillos muy entrometidos que se apoderaban —sin permiso de su dueño, no hay que decirlo— de todo lo que era de él. Dentro de la caja había un pequeño modelo de aeroplano, hecho con cañitas de bambú y papel. Sacó el modelo y lo contempló a su placer, creyendo que no había ningún mirón por allí cerca. Pero aparecieron como por ensalmo Yu Ren y Yu Fang, que tendieron sus manitas hacia el, para ellos, maravilloso juguete.

—¡Déjamelo ver! —gritó Yu Fang medio lloriqueando, como hacen los pequeñuelos cuando piden o quieren algo.

—¡Déjame que lo tenga un minuto! —suplicó Yu Ren.

También Mei salió de no se sabe dónde y tendió sus sucias manitas en ademán de súplica, sucias porque había estado chupando un trozo de alfeñique.

—¡No, no! —dijo Yu Lan, volviendo a guardar el modelo en la caja.

El mayorcito fue a quejarse a sus padres.

—Padre, desearía que dijera a los pequeños que no toquen mis cosas. Creo que no deberían entrar en mi cuarto sin permiso. Y, además, Mei siempre lleva las manos sucias.

—¡Qué niños más pesados tenemos! —dijo el señor Kung sonriéndose. Alzó la vista del libro que estaba leyendo, y añadió—: Acercaos, hijos. Me parece que hay aquí algo que puede servir de provechosa enseñanza para vosotros.

Y leyó en voz alta:

—El Maestro dijo: ¡Qué población más abundante hay aquí!

»—¿Qué haremos con ella? —preguntó Jan Yu.

»—Instruirla —respondió el Maestro.

El señor Kung era maestro de escuela y siempre estaba leyendo libros. Yu Lan sabía de sobra que el Maestro de quien hablaba el libro era Confucio, que fue un gran hombre, pero que hacía muchísimo tiempo que había muerto.

—Puede ser que tus hermanos y hermana quieran aprender algo acerca de tu aeroplano —dijo el padre—. Quizá, como dice Confucio, tú debieras enseñarlos, en vez de quejarte de ellos.

—No les puedo enseñar nada —replicó Yu Lan con tristeza—. Yo mismo no sé nada de aeroplanos. Todo lo que sé es lo que he visto de ellos cuando vuelan muy altos en el cielo, sobre nuestra casa.

—¡Y deseo y espero que no se acerquen nunca! —clamó la señora Kung.

La madre estaba en la cocina preparando la cena que iba a consistir en albondiguillas de carne recalentadas dentro de barritas de pan y un plato de coles con cebollas para acompañarlas.

Pero Kung no había terminado su discurso todavía. Era maestro de escuela y no podía menos de ejercer sus funciones de tal. Comenzó a decir:

—En tiempos pretéritos hubo en China un hombre que invento una máquina de volar. Llegó esto a oídos del Emperador y le mandó llamar. «Sé que has construido una máquina para volar —dijo el Emperador al hombre—. Enséñamela». El hombre estaba muy orgulloso de su obra. «No sólo os la enseñaré, sino que volaré en ella para que me veáis, señor». En su vanidad subió a la máquina voladora y se remontó con ella en el aire. Cuando hubo dado unas cuantas vueltas sobre palacio, descendió y volvió a presentarse ante el Emperador, esperando, claro está, que le dieran un premio. Pero el Emperador era un hombre muy sabio y tenía otras ideas. «No acierto a ver el bien que puede resultar para mi pueblo con subir al aire —dijo al hombre—, pero adivino y presiento los muchos y grandes males que puede acarrearle. Supón que nuestros enemigos vengan en tales máquinas de volar y arrojen piedras enormes sobre nuestras casas, o explosivos metidos en jarras…». Y el Emperador condenó a destierro al hombre y mandó quemar la máquina voladora.

—¡Sabio fue el Emperador! —dijo la señora Kung desde la

cocina, donde las barritas de pan con albondiguillas comenzaban a exhalar un delicioso aroma—. Si hubieran sido así los sabios de otras naciones, no correríamos ahora el peligro de las bombas.

Yu Lan escuchó estas enseñanzas con gran descontento; pero, como era un niño bien educado, guardó respetuoso silencio. Salió de la habitación en que estaba y fue a sentarse junto a la ventana de la cocina, donde pudo percibir los tentadores y exquisitos olores de la cena y pensar en lo extraño que era que los padres no comprendiesen jamás a sus hijos. Cuando todo el mundo, hoy en día, poseía aeroplanos, ¿a qué hablar del viejo Emperador muerto?

Contempló cómo se contoneaba un pichón por el corral buscando granos y miguitas de pan. Alargó las manos, cogió al ave y, con sumo cuidado, le extendió las alas. ¡Oh, si él pudiera saber cómo estaban hechos los huesos y cómo estaban formadas las plumas! ¡Oh, si él pudiera descubrir por qué el pichón podía elevar su cuerpo tan gordo por encima de los más altos bambúes!

—¿Por qué…, por qué no tendré alas yo también? —preguntó a la graciosa avecilla.

El pichón le miró con sus redondos ojos negros, pero no dijo ni pío.

En vista de la mudez del pájaro, Yu Lan lo soltó y se ensimismó en sus tristes pensamientos. «No sé cómo podré ver un aeroplano de verdad. Vivimos tan alejados de otros países… No hay duda de que tendré que pasar toda mi vida en la tierra mirando al cielo. Nunca conoceré lo que uno siente cuando se está en las nubes».

En esto el olorcillo que despedían las albondiguillas y las coles se tornó, para él, de tentador en atormentador. Le dolía el estómago de hambre, por lo que se levantó y entró en la casa.

—¡Lavaos las manos antes de comer! —mandó a los niños su madre, como siempre hacía antes de permitirles sentarse a la mesa.

Los niños obedecieron en silencio, y, con las manos limpias, se sentaron en sus sitios. La señora Kung colocó en el centro de la mesa una gran fuente con las calientes barritas de pan con albondiguillas dentro, la col en un cuenco y, en otro cuenco, un poco de sopa. Yu Lan tenía tanto apetito que se olvidó de todo al ver tan buena comida. Alargó la mano sin darse cuenta y tomó una barrita.

—Yu Lan —dijo la madre—, te estoy diciendo cada día que no te

sirvas el primero. ¿Cuántas veces habré de repetirlo?

—El día que Yu Lan no necesite que le recuerden que no debe servirse el primero, será el más grato de todos para mí —observó el señor Kung.

—No piensa más que en los aeroplanos —dijo Yu Ren.

—Sólo los aeroplanos —corearon Yu Fang y la pequeña Mei.

—¡Callad vosotros! —gritó Yu Lan, que estaba de familia hasta la coronilla.

—¡Silencio! —dijo la señora Kung.

Pero, comprendiendo la madre lo que sentía el chico en su interior, no le reprendió. Muy al contrario, puso en su plato la barrita más grande y más caliente.

—Algunas personas se olvidan a veces de sus buenos modales cuando tienen hambre —dijo la madre a los otros pequeñuelos.

Yu Lan tomó la barrita, la mordió y empezó a sentirse mejor.

—No es ningún mal pensar en los aeroplanos —dijo bondadosamente el padre a su hijo—. Mas lo que no debes olvidar es la buena educación.

—Sí, padre —respondió Yu Lan.

A pesar de esto, Yu Lan siguió soñando en que algún día podría volar. Pero en sus ensueños no veía el modo de conseguirlo. Por haberlo leído en los libros de texto de la escuela sabía que los aviones se construían en remotos países como Norteamérica. ¿Podría ir él alguna vez a los Estados Unidos?

—Ahora que el viejo Emperador ha muerto, ¿no haremos nunca aeroplanos en nuestro país? —preguntó a su padre un día.

—Espero que no —contestó el autor de sus días—. Abrigo la esperanza de que tendremos siempre presente en nuestra memoria lo que dijo el anciano y sabio Emperador.

—¿Y si los tienen nuestros enemigos? —preguntó el niño.

—¡Ah! —exclamó el padre—. Pongamos nuestra esperanza en que podremos librarnos de tener enemigos.

Y dicho esto, el señor Kung se puso a leer en sus libros antiguos.

Ya comprenderéis lo desesperanzado que estaba Yu Lan. No había en el pueblecito donde él vivía tiendas de juguetes en las cuales se pudieran adquirir diminutos aeroplanos, ni persona alguna con conocimientos de aviación, aunque fuesen rudimentarios, con quien pudiese conversar él sobre ese tema. No, los lugareños no

habían visto ninguna de esas máquinas dentro de las cuales el hombre se siente pájaro, excepto en el cielo, y volando más altos que las nubes, y nadie más que Yu Lan parecía tener interés en ver uno.

Así hubieran seguido las cosas eternamente, a no ser por un suceso ocurrido en un día maravilloso. No es posible predecir cuándo vendrá un día maravilloso. Aquel día era semejante a cualquier otro día. Yu Lan estaba en el huerto escardando por donde crecían las coles. Su padre, aquella mañana, le había prometido darle algunas monedas si hacía bien el trabajo. Yu Lan necesitaba dinero con que comprar papel y cordel para terminar de construir su aeroplano. Escardó, pues, con entusiasmo mientras su progenitor seguía leyendo en sus antiguos libros.

Se hallaba el niño rodeado de coles cuando sintió el zumbar de los motores de un avión que debía de estar aún muy lejano. Había escuchado con tan profunda atención los ruidos que producían los aeroplanos, que supo distinguir en el acto que el de ahora era de clase distinta. Irguió el cuerpo, pues estaba agachado, y miró al cielo, poniéndose las manos sobre los ojos, a guisa de pantalla, para que no le deslumbraran los rayos de Febo. No había duda: era un aparato que volaba a muy grande altura, y que venía del Oeste. Era solamente un puntito en el cielo, sobre las colinas, cuando comenzó a verlo. Pensó que ascendería aún más y que pasaría sobre su cabeza como habían hecho todas las máquinas voladoras que él había visto antes. Mas no; mientras miraba realizose el portento que demostró que era aquél un día maravilloso. El aeroplano se bamboleó, se inclinó, subió y bajó más de una vez. Principió a hacerse más grande a los ojos del niño. Lentamente, y como resistiéndose a ello, comenzó a descender oblicuamente hasta llegar tan cerca de donde estaba Yu Lan, que el niño pudo ver las marcas que llevaba en las alas. No era un avión japonés; no tenía pintado un redondo sol rojo; tenía pintadas estrellas.

Casi se asustó Yu Lan al verlo tan próximo. Era más grande de lo que él había imaginado. Hubo un instante en que quiso esconderse de aquella máquina. Hubiera corrido a refugiarse en su casa y tal vez a ocultarse debajo de su lecho. Pero ¿y si caía sobre su casa y sepultaba a todos sus moradores?

Mientras eso pensaba y mayor era su miedo, zigzagueaba el

aeroplano y se acercaba, se acercaba… Veía ya el niño claramente que iba a aterrizar. Después de haber bajado, temblaba y saltaba mientras iba rodando sobre el seco y desigual suelo del campo. Detúvose al fin, y, por primera vez, vio Yu Lan que los aeroplanos tenían ruedas debajo de las alas. Cuando vio esto, se olvidó de sus temores y corrió hacia el aparato.

Si tú, lectorcillo o lectorcilla, que posas tus hermosos y brillantes ojos infantiles sobre estas páginas, recuerdas lo que has experimentado cuando has deseado mucho una cosa durante largo tiempo, y, de pronto, cuando tú menos lo esperabas, alguien te la ha dado y has sabido que la tenías al fin, comprenderás lo que sintió Yu Lan cuando vio que el avión descendía y se acercaba a él.

Yu Lan lo miraba y remiraba; palpaba y repalpaba con su mano el liso cuerpo de la extraña y gigantesca ave metálica. Era como el cuerpo de un pájaro muy grande, pero era un cuerpo duro. Tenía grandes alas y cola. Su cara, empero, era diferente; en vez de pico, tenía como una nariz redonda.

Estaba tan absorto en su contemplación el niño chino, que se olvidó de mirar quién iba en el aeroplano. ¡Imaginaos su sorpresa, cuando lo que Yu Lan creía techo pareció abrirse por sí solo y surgió por allí un hombre, un hombre de ojos azules y piel blanca tostada por el sol! Yu Lan no había visto nunca una persona así. Todas las gentes que él conocía tenían los ojos negros y la piel amarilla. Miró a aquel hombre de hito en hito, como había mirado al aeroplano. Había oído hablar de la raza blanca, por supuesto; pero entonces tenía un ejemplar de ella ante sus ojos. Tenía la nariz grande el hombre. A Yu Lan le habían dicho que los hombres blancos tenían las narices grandes. El hombre llevaba puestas ropas de abrigo, de demasiado abrigo para una mañana estival. El hombre debió de pensar lo mismo, porque se desabrochó la chaqueta y se quitó el casco que le cubría la cabeza.

—¡Cáspita, qué calor! —exclamó el aviador.

Después de lanzar su exclamación se dio cuenta de la presencia del niño y le saludó diciendo:

—¡Hola!

El chinito, que no había oído nunca esta palabra, no respondió nada. No hacía más que mirar al hombre. Y como éste tenía la cabeza descubierta, observó que el cabello era del amarillento color

de la paja del arroz. Tampoco había visto antes unos cabellos así. Todo el mundo que él conocía lo tenía negro. De asombrado que estaba, se olvidó de tener miedo.

—¿Por qué tiene usted el pelo de ese color? —preguntó Yu Lan.

—¿No hablas inglés? —preguntó a su vez el hombre.

—¿Cómo quiere usted que lo hable si soy chino? —dijo Yu Lan.

—Pues yo tengo la buena suerte de saber hablar el idioma chino —dijo el hombre con una sonrisa burlona que dejó ver sus blancos y brillantes dientes—. El cabello lo tengo así desde que nací.

—¿Es suyo el aeroplano? —quiso saber Yu Lan.

—Es del Tío Sam, a quien espero que no le importe el que me haya quedado sin carburante.

—¿Qué es carburante? —inquirió Yu Lan.

—Carburante es lo que bebe el aeroplano —contestó el piloto.

—Déjemelo ver —dijo el niño.

—Se ha acabado el que llevaba. No se puede ver lo que no hay.

—¿No podría beber agua o té? —preguntó el chinito.

—No le gustan esas bebidas. Ahora cédeme el turno para que te interrogue yo. En primer lugar, ¿dónde estoy?

—Está usted en la provincia de Szechwan, cerca del pueblo de Kung —respondió el muchachito—. Mi padre es el maestro de escuela de aquí, yo soy su hijo mayor y me llamo Yu Lan; pero no he aprendido nada de lo que quiero saber porque a mí sólo me interesan los aeroplanos, y los libros que estudio en la escuela no hablan de aviones. ¿Me querrá usted enseñar todo lo que haya que aprender en materia de aviones?

—¡Calla un momento, por favor! —rogó el hombre—. Me has dicho demasiadas cosas a la vez.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el niño chino.

—Jaime Smith —respondió el aviador—. Los Estados Unidos son mi patria. He nacido en la ciudad de Milford, en el Estado de Ohio.

—¿Así usted es míster Jaime?

—No —corrigió el hombre—, soy míster Smith o Jaime a secas.

—¿Por qué no se le puede llamar míster Jaime? —preguntó Yu Lan sorprendido.

—En mi país ponemos el nombre primero y el apellido después —explicó Smith—. Allí te llamarían a ti Yu Lan Kung.

—¡Qué tontería! —exclamó el niño chino—. Yo me llamo Kung

Yu Lan. Mi apellido es primero, porque la familia es más importante que la persona.

—Pues nosotros pensamos que la persona es más importante que la familia. De ahí que me llame Jaime Smith.

—¿Le he de llamar Smith? —interrogó Yu Lan.

—No, Jaime —respondió el hombre.

—Ha hecho usted que me arme un lío de nombres —confesó el chinito.

—Deja los apellidos. Yo soy Jaime; tú, Yu Lan. ¿Dónde podría ir a comer?

—Aquí no hay fondas ni posadas. Mi madre es una gran cocinera y hace unas albóndigas muy buenas —dijo Yu Lan.

—Entonces, llévame a tu casa para que pueda hablar con tu madre —dijo Jaime.

—¿Y deja el aeroplano ahí? —preguntó el niño, que no podía concebir que dejara la hermosa y reluciente máquina sola—. ¿No está hecho de plata? —Fue la siguiente pregunta del ingenuo muchachito mientras acariciaba con ambas manos los costados del avión.

—No, no del todo —contestó Jaime—. Ardo en deseos de probar esas albondiguillas.

—¿No lo robarán? —siguió preguntando el chico.

—No podrá robarlo nadie —respondió el piloto—. Está su depósito tan vacío como mi estómago. Con un par de barritas de pan rellenas de albóndigas de esas que hace tu madre cobraré fuerzas para pensar lo que haya de hacer después.

Dejaron, pues, el aeroplano en el campo, brillando sobre el suelo como un pájaro de plata, y Yu Lan guió a Jaime. El señor Kung estaba sentado, leyendo en la habitación principal de su morada, y cuando alzó la vista y vio un hombre rubio a la puerta, creyó que sus ojos le engañaban. Se quitó los lentes y se los volvió a colocar después de haber limpiado sus cristales.

—¡Cielos! —exclamó—. Creí que estaba bilioso y veía las cosas amarillas. ¿Qué es esto, Yu Lan?

—Ha venido en un aeroplano, padre —dijo el chinito—, y se llama Jaime.

En esto hizo su aparición la señora Kung, y con ella se presentaron Yu Ren, Yu Fahg y Mei, porque la madre había estado

haciendo pastelillos en la cocina y los niños esperando que ella les diera la dulce masa sobrante que quedara adherida a las paredes del bol, para repartírsela y comérsela.

No pudo reprimir un grito la mujer al hallarse ante un hombre blanco tan alto y con el cabello rubio, y, asustada, se tapó los ojos con el delantal azul que llevaba puesto. Los tres pequeñuelos comenzaron a dar chillidos también.

—¡No tengáis miedo! —gritó para no ser menos Yu Lan en medio de aquel alboroto—. Salió de un aeroplano. El aeroplano está en nuestro campo.

—¿Cómo ha sido eso? —preguntó asustado el señor Kung—. ¿Quién ha dicho que un aeroplano ha caído en mi campo?

Jaime no cesó de sonreírse hasta ver que los demás se convencieron de que no se iba a comer a nadie. Cuando los otros empezaron a tranquilizarse, habló así:

—Me habrán de perdonar por haber aterrizado con mi aparato en el campo de ustedes. La verdad es que mi avión y yo sentimos hambre al mismo tiempo y no podíamos ir más lejos. Mirando desde el cielo me pareció que su campo era un buen sitio para aterrizar, y su casa agradable. Así es que resolví descender. Vuestro hijo estaba allí y me dio la bienvenida.

—Es muy extraño que yo entienda lo que usted habla —observó el maestro de escuela—. Nunca he aprendido ninguna lengua extranjera.

—Es que estoy hablando en chino —dijo Jaime.

—¿Por qué? —preguntó Kung.

—Porque lo he estudiado —dijo Smith—. Muchos de mis compatriotas lo saben.

—Nos hacen ustedes un favor inmenso —dijo el señor Kung.

—Ninguno en absoluto —repuso Jaime.

—¡Oh, sí! —insistió el cabeza de familia—. Nos ahorran muchos trabajos. Yo, por ejemplo, no tengo tiempo para estudiar idiomas extranjeros.

Veían todos ya que Jaime era una buena persona a pesar de su extraño aspecto, y se sentían más tranquilos. Yu Lan, por su parte, no pensaba más que en volver donde estaba el aeroplano.

—Madre, dé de comer pronto a Jaime. Tráigale algunas barritas de pan con albondiguillas dentro —dijo.

—Al momento —dijo la señora Kung.

Como la madre ya tenía la cena hecha, lo sirvió todo y lo puso en la mesa; el pato asado, los nabos, las habas fritas, el arroz. A los pocos minutos estaban todos sentados a la mesa, y hasta la pequeña Mei sonreía a Jaime.

—Tengo en Ohio, en mi casa, una hermana de tu edad —dijo el piloto a la niñita.

—¿Cómo se llama? —preguntó Mei.

—Catita, que quiere decir Catalina —contestó Smith—. Le gusta mucho chupar caramelos.

—¿Qué son caramelos? —quiso saber Mei.

—Unos pedacitos de azúcar hechos almíbar al fuego y endurecido sin cristalizar al enfriarse. Te mandaré unos cuantos algún día, para que los pruebes —dijo Jaime.

—¿También tiene Catita los ojos azules y el pelo amarillo como usted? —preguntó la señora Kung.

—Todos los de casa los tenemos, lo mismo yo que mi hermano y Catita.

—¡Oh, pobre madre de usted! —exclamó la mujer del maestro de escuela, lanzando un hondo suspiro.

—Mi madre no concede ninguna importancia a eso —repuso Jaime, sonriendo burlonamente—. Se sorprendería si tuviera un hijo como los de ustedes.

—¿De veras? —preguntó la mujer china, que no se lo quería creer.

—Se sorprendería, sí, señora —dijo el piloto, sonriendo aún más burlón que antes.

—Me gustaría hablar con ella —dijo la señora Kung—. ¿No la podría traer usted aquí en su aeroplano?

—Acaso quisieran ustedes ir a pasar un par de días con nosotros cuando termine la guerra —dijo Jaime.

—¡Sí, madre, sí! —gritó Yu Lan—. Y lléveme a mí también.

El señor Kung se alarmó en gran manera al oír esto, y preguntó:

—¿Y yo? ¿Qué haría yo?

—Iríamos juntos —contestó su mujer.

A la madre de Yu Lan le parecía ya enteramente posible ir a pasar unos cuantos días con otra madre como ella en Norteamérica. Se imaginaba estar hablando con aquella señora de cómo se

guisaban las carnes y las verduras y legumbres, de la actual carestía de la vida, de cómo se quitaban las manchas de fruta de los vestidos de los niños y cuál era el mejor modo de hacer pescado en escabeche.

—Tú podrías conversar con el padre de Jaime —añadió, dirigiéndose a su marido— mientras yo lo hacía con su madre.

—¿De qué le gusta hablar al padre de usted? —preguntó Kung a Smith.

—De política principalmente, sobre demócratas y republicanos —respondió el piloto.

—¿Qué es eso de demócratas y republicanos? —inquirió el progenitor de Yu Lan.

—Lo mismo que los radicales y hombres de partido que tienen ustedes aquí —repuso Jaime.

—¡Ah! —exclamó el maestro de escuela dejando escapar un suspiro de alivio—. Así tendríamos algo que decirnos el uno al otro.

Por este tiempo, Jaime ya había devorado varias barritas de pan con albondiguillas, se había zampado dos boles llenitos de arroz y probado de todos los otros platos. Sabía manejar los palillos para comer como un hijo del Celeste Imperio, y se sentía y estaba tan a sus anchas como en su propia casa, y todos los que le acompañaban en aquel momento le querían ya y procuraban no pensar en sus extraños ojos y pelo.

—Supongo que a su madre le encantará venir a visitarme —dijo la señora Kung mientras sorbía su última taza de té.

—A mi madre no le gusta mucho viajar —repuso el aviador—. Pero quizá pueda convencerla.

—La pondríamos en la mejor habitación —dijo la madre del chinito que soñaba con ser aviador— y lo pasaría aquí muy bien. Los huevos que diariamente ponen nuestras gallinas son muy alimenticios y muy frescos.

—Eso le gustaría —dijo Jaime.

—A mí me agradaría que también viniese su padre —dijo el señor Kung—. Desearía conocer su opinión sobre un gran número de cosas.

—Y yo jugaría con Catita —se atrevió a decir Mei.

—Y yo con el hermano de usted —fue lo que dijo Yu Ren.

—¿Cómo se llama su hermano? —preguntó Yu Lan.

—Tomasito, y es un mono que tiene la cara llena de pecas.

—¿La cara llena de pecas? —preguntaron todos a un tiempo.

—¿No sabéis lo que son pecas? Mirad, son esto —dijo el aviador, enseñando a la familia china las que tenía en su propia nariz.

Todos miraron asombrados los puntitos parduscos que tenía Jaime en su apéndice nasal.

—Esto lo hace el sol —explicó Smith.

—Nosotros no tenemos pecas —dijo la esposa del maestro—. Si la piel de ustedes fuera amarilla como la nuestra, no las tendrían ustedes. Es porque tienen ustedes ese color tan raro.

—Puede ser —asintió Jaime, volviendo a sonreír.

Aunque esta conversación era muy interesante, podéis imaginaros la impaciencia de Yu Lan por volver al sitio donde había quedado el aeroplano. Como si Jaime se percatara de ello, su rostro se tornó serio de improviso.

—La conversación es muy agradable, amigos; pero yo necesito gasolina para mi avión. ¿Podéis decirme adónde he de ir a comprarla?

Kung se tocó la barba, y dijo:

—¡Gasolina! ¿Qué es gasolina? No he visto esa cosa nunca.

Por un momento regocijó a Yu Lan el pensamiento de que Jaime iba a tener que pasar varias semanas allí, hasta que encontrara gasolina. Pero iba a ocurrir lo contrario.

—Tendré que pedir a la base que me envíe, supongo —dijo Jaime alegremente.

—Estaremos encantados de que nos honre con su presencia en nuestra casa —dijo el señor Kung con la proverbial cortesía del chino.

—Trabajaré en el aeroplano entretanto —replicó Smith.

Jaime hizo una profunda reverencia a todos para agradecer tan amable hospitalidad. No era preciso causar tantas molestias a aquella afectuosa familia. Decidieron todos acompañar a Smith. La señora Kung se envolvió la cabeza con un pedazo de tela de algodón azul, para no coger una insolación, y dejó los platos sin fregar hasta la vuelta. Su marido resolvió suspender las clases que por la tarde daba a los niños. Fueron todos con Jaime hasta donde estaba el avión, y los siguió el pueblo en masa, pues sus habitantes ya se habían enterado del hecho insólito que había ocurrido. Por último,

todos estuvieron presentes allí, hasta los canes del lugar, que no se podían acostumbrar a ver a Jaime y gruñían y ladraban incesantemente. Puede que hubiera una cincuentena de personas reunidas en torno a la extraña máquina de volar.

Yu Lan estaba enfadado con los mirones porque temía que, con tanta gente delante, no pudiese ver todo el aeroplano. Pero lo vio todo. No se separaba del lado de Jaime y observaba a éste con atenta curiosidad mientras hablaba con una especie de tubo negro.

—¿Qué es esto? —preguntó el niño al piloto.

—Esto es la radio —respondió Smith—. Las ondas del aire llevan mis palabras a la base. Me traerán gasolina y la dejarán caer por aquí cerca.

Y mientras Jaime se puso a limpiar el aparato para entretener la espera, llovieron las preguntas de Yu Lan.

—¿Cómo se llama esto?

—El balancín de dirección.

—¿Y esto?

—La hélice.

—Y aquello, ¿qué nombre tiene? ¿Para qué sirve esto otro?

Yu Lan siguió preguntando y Jaime contestando cariñosamente a las preguntas del niño, nombrando todas las piezas del aparato e instrumentos que en él había, explicándole para qué servía y cómo funcionaba cada cosa. El muchacho se sentía muy contento y satisfecho, como si teniendo mucha hambre le hubieran dado toda la comida que su cuerpo le pedía.

Duraron mucho tiempo aquellas explicaciones, tanto que comenzaron a clarear las filas de los mirones, que el señor Kung se excusó diciendo que tenía algo que hacer, que la media naranja (o mandarina) del maestro de escuela dijo que tenía que volver a casa a fregar los platos, que Yu Ren y Yu Fang se largaron para ir a jugar, que los perros renunciaron a ladrar y se fueron a dormir.

Mas Yu Lan no se movía. No tenía ganas de regresar a casa. Era enteramente feliz.

—Ya tendrían que estar aquí mis compañeros —dijo Jaime.

Estaba en lo cierto el piloto. Al cabo de muy poco rato apareció en el cielo otro aeroplano que se iba acercando al sitio donde estaban ellos. No bajó, pero vieron cómo revoloteaba o estaba en suspenso un momento sobre el extremo del campo, y después

arrojaban algo desde el aparato.

—¿Qué es lo que tiran? —preguntó Yu Lan.

—Un barril de gasolina —contestó Jaime.

Un paraguas blanco y muy grande se abrió sobre el barril y, en seguida, comenzó a descender lentísimamente.

—¿Qué clase de paraguas es ése, que yo no he visto nunca? —interrogó el niño chino.

—Es lo que se llama un paracaídas —respondió el aviador—. Si el barril no fuera colgado de un paracaídas, caería tan de prisa que, al llegar al suelo, se rompería, o si caía sobre una persona la aplastaría. De ese modo, cuando caiga, no se romperá al tocar en tierra, porque baja muy despacito, muy despacito.

Acababa de decir esto Jaime, cuando el barril chocó blandamente contra el suelo. Jaime corrió hacia el sitio donde había caído, agitando los brazos, y el avión de arriba se remontó en el aire y tomó suavemente la dirección Oeste. Yu Lan, por supuesto, pisaba los talones a Jaime, y entre los dos desataron el barril de aquel paraguas de seda tan enorme.

—Dáselo a tu madre y dile que haga con él un vestido para Mei —dijo Jaime a Yu Lan—. A las chicas de mi país les gusta hacerse vestidos con la tela de seda de los paracaídas.

—¡Pero si es tela blanca! —objetó el chinito—. En China las muchachas sólo se visten de blanco cuando están de luto por haberse muerto alguien.

—Puedes decir a tu madre que lo tiña de encarnado, entonces. Nuestras mujeres tiñen la tela del color que más les agrada.

Yu Lan plegó la seda para llevársela a su casa, y luego ayudó a Smith a empujar el barril para hacerlo ir rodando hasta el aeroplano. Jaime destornilló el tapón del recipiente con una llave especial, colocó en el orificio una bomba con un largo tubo de goma y comenzaron a dar de beber la gasolina al sediento aeroplano. Aquel líquido tenía un olor muy fuerte.

—¿Esto es lo que beben los aeroplanos? —preguntó Yu Lan mientras hacían funcionar la bomba.

—Esto sólo —repuso Jaime—, y les gusta mucho.

Cuando estuvo vacío el barril, Yu Lan comprendió de pronto que había llegado el fin de aquel día tan feliz para él. Jaime se iría llevándose el avión con él.

—¡Déjeme ir con usted! —suplicó el niño—. ¡No quiero quedarme aquí!

—¿Qué dirán tu papá y tu mamá? Creerían que yo soy un ladrón de niños.

—¡Lléveme, por favor! —volvió a rogar el pequeño Yu Lan.

Jaime, mientras contemplaba ahora a Yu Lan, sentía una cosa rara dentro de su pecho. Era que le saltaba el corazón sin él darse cuenta. Y la razón de que le diera aquellos brincos el corazón era que había visto de pronto que el niño chino se parecía muchísimo a Tomasito, el hermanito que había dejado en Ohio. Sí, aunque Yu Lan tenía los ojos y el pelo del color del ébano, y Tomasito los ojos azules y el cabello rubio; aunque el cutis de Yu Lan era amarillo, y pecoso el rostro de Tomasito; aunque Yu Lan había visto la luz por primera vez en China y Tomasito había nacido en Norteamérica, los dos niños se parecían. También Tomasito le había pedido que le llevase con él cuando salió de su patria.

—¡Lléveme con usted, Jaime! —insistió el chinito—. No quiero quedarme en esta aldea tan atrasada después que usted se vaya.

Jaime se detuvo a reflexionar un momento antes de subir a su aparato.

—¿Por qué quieres venir conmigo? —preguntó al niño.

—Porque no quiero quedarme aquí sin usted —respondió Yu Lan.

—¡Pero si no me has visto más que un día!

—Si no me marcho de aquí, mi padre me hará estudiar para maestro de escuela, y yo no quiero ser maestro —dijo Yu Lan con profunda tristeza.

—Puedes ser labrador.

—No me gusta tampoco el trabajo del campo. Sólo deseo una cosa: saber todo lo que pueda saberse acerca de los aeroplanos y ser piloto aviador.

—¿Dónde hallarás un aeroplano? —preguntó Smith.

—Aprenderé a construirme uno —replicó el chico con viveza—. No tendremos nunca aeroplanos en China si los muchachos como yo no empezamos a hacerlos.

Jaime le miró y dijo:

—Es verdad eso. Veo que tienes razón.

Frunció el ceño Jaime Smith y se puso a cavilar. Al cabo de un

minuto de honda meditación, añadió:

—Habla de esto con tus padres, y, si ellos consienten, volveré a buscarte algún día y te llevaré a Chengtu, donde hay muchas escuelas de aviación. Tienes que estudiar en una escuela primero, ¿entiendes?, antes de poder volar en un avión.

Yu Lan se quedó muy asombrado al oír esto.

—¿Ir a la escuela? —repitió—. Pero ¡si yo aborrezco la escuela!

—Tampoco me gustaba a mí, pero tuve que asistir a la fuerza.

—En la escuela no me enseñan nada sobre aeroplanos —gimoteó el chiquillo—. Sólo me hablan de lo que dijo el anciano Maestro y de lo que dijo el viejo Emperador.

—¿Quién fue el anciano Maestro?

—Confucio. ¿Quién iba a ser?

—No me enseñaron nada sobre ese personaje en el colegio —dijo Jaime con aspereza—. Si quieres pilotar un avión, lo que tienes que aprender en la escuela es aritmética y ciencias y cosas por el estilo.

—Aquí no hay nadie que pueda enseñarme eso.

—Entonces vuelve a tu casa. Díselo a tus padres y espérame. Yo volveré y, para que sepas que soy yo, haré inclinar mi aparato tres veces.

Dicho esto, Jaime subió a la carlinga, probó si funcionaban bien los balancines de dirección y puso en marcha los motores. Medio minuto después corría el aeroplano sobre el duro y seco suelo del campo y al minuto siguiente estaba en el cielo. Smith hizo inclinar tres veces la máquina para decir adiós y luego el aparato voló raudo en línea recta sobre las colinas occidentales.

Yu Lan se sintió tan solo como si fuese la única persona que quedase en el mundo. Se estuvo contemplando tanto rato y en tan inmóvil postura cómo se alejaba y desaparecía de la vista el avión de Jaime que una bandada de cornejas le tomó por un espantapájaros y descendió a buscar granos. Se enfadaron mucho las aves cuando vieron que, de pronto, lo que parecía espantapájaros se agachaba y recogía la tela de seda del paracaídas, y huyeron de allí las cornejas graznando y maldiciendo porque habían sido engañadas. Yu Lan no se fijó siquiera en ellas. Regresó a su casa y entró con el paracaídas plegado bajo el brazo.

Le pareció que todo estaba igual en su casa. El padre estaba

leyendo en aquellos libros antiguos que tenía. La madre, que ya había lavado los platos, estaba sentada en su baja silla de bambú, junto a la ventana abierta, y cosiendo un remiendo a la chaqueta de Yu Ren. Éste y Yu Fang estaban jugando con piedrecitas en el patio y Mei estaba atormentando a su gatito, subiendo y bajando un cordel, a uno de cuyos extremos había atado un papel doblado.

Yu Lan entregó el paracaídas a su madre y le contó lo que había dicho el piloto.

—Es una seda muy buena —dijo la señora Kung admirándola—. Hay bastante tela para que pueda salir una chaqueta para mí también. Me la teñiré de azul.

Estaba muy contenta la mujer del maestro porque en su vida había podido tener una chaqueta de seda. Mei dejó de molestar al felino y se puso a batir palmas en cuanto oyó que le iban a hacer una chaqueta de seda encarnada.

Kung apartó los ojos del libro y comentó:

—Es un buen chico ese Jaime.

Yu Lan creyó llegado el momento de pedir licencia a sus padres para ir a la escuela de Chengtu. Se puso ante ellos, con las manos detrás de la espalda, como le habían enseñado, y habló de la manera siguiente:

—Padre y madre, tengo que abusar de vuestra bondad para pediros un gran favor. Jaime me ha prometido volver, y cuando vuelva me llevará a una escuela que hay en Chengtu, donde enseñan aritmética y ciencias y todo lo que es necesario para aprender a pilotar un aeroplano. Os ruego, padre y madre, que me concedáis vuestro permiso para ir con él.

El señor Kung se quitó los anteojos y comenzó a decir lentamente:

—Dice el Maestro…

A Yu Lan le habían enseñado a no interrumpir a su padre, pero esta vez no pudo dominar su impaciencia, y gritó:

—¡Padre, dígame que sí! El anciano y sabio Maestro vivía hace muchísimo tiempo, cuando no había todavía aeroplanos. ¿Cómo podía saber, pues, lo que debemos hacer hoy?

—¡Nunca he oído hablar así a nadie! —dijo el padre—. ¡Jamás habían escuchado mis oídos un lenguaje tal! ¡Como si lo que fue bueno para nuestros antepasados no lo fuese también para nosotros!

—Si hubiese sabido que ese norteamericano iba a meter tales ideas en la cabeza de nuestro Yu Lan, no le hubiera dejado que probara nuestra excelente comida —dijo la señora Kung.

Con gran asombro de Yu Lan, fue su hermanita Mei la que salió en su defensa ahora.

—Si Yu Lan no aprende a volar en aeroplano, ¿cómo podré ir yo a ver a Catita? ¿Habré de pedir siempre a Jaime que me lleve?

Esta ingenua pregunta hizo que los esposos Kung se miraran el uno al otro.

—Es verdad —dijo el padre, pensativo—. Cuando desee hablar con el padre de Jaime, tendré que molestar a su hijo, suplicándole que me lleve, tendremos que depender de él siempre.

—Y a mí —dijo la dueña de la casa—, a mí me gustaría que siempre que invite a la madre de Jaime a venir a nuestra casa viajase, en un avión construido en nuestra propia China, en lugar de rogar a su hijo que la trajese.

Intervino el señor Kung nuevamente para decir:

—Pasa con esto como con la silla de manos. Cuando invitamos a nuestros amigos a que nos visiten, les enviamos una silla de manos. Sería un grave inconveniente no poder alquilar siquiera una silla de manos.

—Quizá los aeroplanos sean la clase de silla de manos que tendremos cuando seamos mayores —dijo Yu Lan con viveza.

—Me atrevo a decir que el viejo Emperador no pensó jamás en esto —dijo el señor Kung con turbada voz.

—Con tanto ir y venir, sería muy embarazoso que la gente del otro lado del mar tuviera que venir aquí siempre, y nosotros nos tuviéramos que quedar aquí siempre, clavados como postes en la tierra por carecer de vehículos propios para andar por el cielo.

Éstas son las pequeñeces que obligan a los padres a mudar de parecer. Cuando el señor Kung pensaba en los aeroplanos sólo como máquinas para hacer la guerra, consideraba estas cosas como malas, pues eso era lo que había dicho el viejo Emperador. Pero cuando veía que los aviones podían realmente llevar y traer gente al otro lado del mar rápida y cómodamente, entonces cambiaba de opinión. Cerró su libro de golpe y declaró:

—Yu Lan tiene razón. Es muy necesario para nuestro honor que nuestra Patria tenga aeroplanos propios, y ni que decir tiene que

nos harán falta hombres que sepan volar en ellos. Tiene razón el chico, madre de mis hijos. Prepárale sus ropas, pues irá a Chengtu.

Yu Ren y Yu Fang acudieron corriendo al oír esto, y, como es natural, armaron una gran algarabía, como suelen hacer todos los pequeñuelos.

—¡Nosotros también queremos ir! ¡Déjenos ir a nosotros! — dijeron, aunque no tenían clara idea de lo que se trataba.

—¡Callad, vosotros! —Les mandó el padre—. Yu Lan tiene diez años y vosotros sois mucho más pequeños. Veamos primero lo que aprende vuestro hermano mayor en la escuela de Chengtu.

Quedó zanjado el asunto, y la señora Kung se dedicó en los siguientes días a lavar y remendar las ropas de Yu Lan. Con la tela de la mejor bata que tenía su marido hizo un traje nuevo para el hijo. La señora Kung obró con mucho atrevimiento al hacer esto, pues cortó el traje sin decir antes nada a su esposo, y cuando éste se enteró, ya la cosa no tenía remedio.

—No te apures por eso —dijo a su marido—. Yo no necesito para nada una chaqueta de seda. Teñiré de un bonito color marrón la tela que nos ha regalado Jaime y te haré con ella una bata. Un maestro de escuela no puede estar sin una bata de seda. Su esposa es algo secundario.

La buena mujer contentó a todo el mundo, y, como les sucede a todas las madres sin excepción, fue dichosa con sólo contemplar la felicidad de los demás. Y así transcurrieron los días.

Ya os podéis imaginar en qué pasaba el tiempo Yu Lan. Aguardando continuamente a Jaime. Momento libre que tenía, momento que salía al campo a avizorar los cielos. Cuando oía el ruido que hace un aeroplano, por lejano que estuviese el aparato, dejaba caer cuanto tenía en las manos, o suspendía el trabajo que estaba haciendo, y salía como un cohete a ver si había llegado Jaime. Aprovechaba las noches muy oscuras, o los días lluviosos, en que él sabía que ningún aeroplano podría volar, trabajando en un nuevo modelo de avión que quería que fuese en todo parecido al de Jaime, del que recordaba exactamente hasta los más insignificantes detalles.

Pasaron los días y muchos aeroplanos sobre el pueblecito, y Yu Lan seguía esperando y perfeccionando su modelo de avión. Algunos de los aldeanos comenzaban a abrigar dudas y decían:

—El norteamericano no volverá, se ha olvidado de su promesa. ¿Por qué habría de acordarse de ti?

Hasta el señor Kung decía a su mujer, cuando estaba seguro de que su hijo mayor no podía oírle:

—¿No crees tú que Jaime se ha olvidado de nuestro Yu Lan?

La madre meneaba la cabeza y continuaba su labor.

—Tenemos que enviarlo nosotros a la escuela, aunque no venga Jaime.

Mas Yu Lan no dudaba ni un solo momento. Creía en Jaime con todo su corazón y estaba seguro de que el piloto volvería. Ved si estaba seguro, que un día se peleó con un chico del pueblo que le dijo que no le vería más. A Yu Lan no le gustaba reñir con nadie, pero no podía soportar que le dijesen que Jaime le había olvidado.

Un día, a principios del noveno mes del año, que en China es septiembre, recibió la merecida recompensa su paciente espera. Todo el mundo, desde por la mañana, se hallaba en los campos recogiendo arroz. Incluso su madre se había atado aquel trapo azul a la cabeza y salido de casa con una hoz en la mano. Yu Ren, Yu Fang y Mei ayudaban a recoger las gavillas. Yu Lan trabajaba con los hombres, segándolas y atándolas.

A media tarde, Yu Lan sintió el ruido que produce un avión. Miró hacia arriba, como hacía siempre, y vio un punto oscuro que se movía y venía sobre las colinas occidentales. No creyó que fuese Jaime, porque muchos aeroplanos habían pasado por allí sin detenerse ni siquiera disminuir la velocidad.

Pero este avión hizo que le saltara el corazón. Estando aún muy lejos se inclinó tres veces. Yu Lan soltó la hoz para mirar mejor y se puso a dar gritos. Todos los que allí estaban cesaron de trabajar y levantaron la vista hacia el cielo. El avión se inclinó otra vez, redujo la velocidad y comenzó a descender.

—¡Jaime, Jaime! —gritó el niño.

Sí, era Smith, que hizo dar una vuelta a su aparato sobre el campo y escogió, para aterrizar, el vasto espacio de éste donde el arroz ya había sido segado. Descendió el avión hasta tocar con las ruedas de su tren de aterrizaje el duro y recalentado suelo; corrió el aparato un trecho no muy largo y se detuvo a corta distancia de donde todavía no había principiado la siega. Todos los presentes rodearon la máquina voladora, y, en primera fila, se hallaba Yu Lan.

Salió Jaime gritando:

—¡Hola, amigos! ¡Me alegro de veros otra vez!

Estaban sorprendidos hasta los perros, que no ladraron y sólo abrieron las bocas y jadearon. Sólo Yu Lan no estaba sorprendido, y quizá la señora Kung tampoco, porque se acercó pasito a paso a su hijo y le dijo:

—Si te has de ir en seguida báñate antes y ponte ropas limpias.

—¿Estás a punto, Yu Lan? —preguntó Jaime—. No puedo detenerme aquí más que el tiempo justo de tomar un bocado, si tus padres te dejan venir conmigo.

—¡Corre, date prisa! —dijo la señora Kung a su retoño—. ¡Lávate, que yo entretanto pondré la comida en la mesa!

¡Qué barahúnda hubo allí! Yu Lan echó a correr como un corzo, se bañó el cuerpo en el cubo de la colada que estaba detrás de la casa y se puso ropa limpia. Jaime se comió el arroz y el pescado que le dio la señora Kung y además un bol de tallarines sobre los que la buena mujer vertió una salsa chinesca que improvisó en un instante, hecha, entre otros ingredientes, con aceite fresco de habas.

Mientras comía, el aviador iba explicando todo al jefe de la familia.

—No se inquiete usted, señor Kung —decía—. Voy a cuidarme de su hijo Yu Lan como si se tratase de mi propio hermano Tomasito. Los muchachos de mi escuadrilla me ayudarán a pagar los gastos que originen los estudios del chico. Es un niño tan despierto, que creo se ganará una beca para el año que viene. Ya le he hablado de él al director de la escuela. Si Yu Lan acaba como ha empezado, me lo llevaré a mi país algún día para que le adiestren en todo lo necesario para ser un buen piloto de aviación. Cuando vuelva a China sabrá construir aeroplanos y volar en ellos. China necesita muchachos como Yu Lan. Además, quiero que Tomasito y él se conozcan, porque se querrán mucho.

—Es usted muy bueno —dijo el maestro de escuela.

—¡Coma, coma más! —instaba al piloto la señora Kung, con los ojos llenos de lágrimas.

Eran las suyas lágrimas de felicidad, porque se había preguntado muchas veces si su marido y ella podrían dar a Yu Lan la instrucción indispensable para que el chico pudiera ver realizados sus anhelos. El señor Kung era muy pobre, porque los maestros de

escuela estaban muy mal pagados, y, por si eso fuera poco, aún tenían otros hijos a quienes dar educación y mantener.

Se presentó Yu Lan con el rostro arrebolado por la limpieza y por la exaltación que causa la alegría. Llevaba puesto el traje que su madre le había hecho con la tela de la más decorosa bata que poseía su progenitor. En la mano tenía su nuevo modelo de aeroplano, porque por nada del mundo se lo hubiera dejado en su casa. Pero el niño no pudo probar bocado.

—Come, hijo mío —insistía su madre—. El viaje va a ser muy largo.

—Ya estoy lleno de satisfacción —dijo Yu Lan.

—Y pleno de felicidad —dijo el señor Kung medio triste—. ¡Ya sé lo que es eso, hijo amado, ya lo sé! Siendo yo de tu edad, sentí lo mismo que tú ahora cuando me dijo mi padre que podía ser maestro de escuela en vez de labrador.

—¿Quería usted ser maestro de escuela? —preguntó el mocito.

—Pues claro que sí —respondió el padre—. Por eso comprendo ahora lo que pasa por ti.

—Te haré un paquete con comida —dijo la madre—. Si tienes apetito mientras estés volando, podrás comer algo.

Puso en el paquete varias barritas de pan con albóndigas y pescado en escabeche dentro, añadiendo cuatro huevos duros, y lo cubrió todo con un floreado pañuelo azul. Luego abrazó a Yu Lan. Acto seguido, el señor Kung acarició la cabeza de su vástago. Lloró la pequeñita Mei. Yu Ren y Yu Fang, con los dedos metidos en sus bocas, contemplaron con extrañeza a su hermano, porque les parecía otro ahora que se marchaba con Jaime a aprender todo lo que había que aprender sobre aeroplanos.

No sorprenderá a nadie que acudiera el pueblo entero a verlos partir. En este instante supremo, la emoción que embargaba a Yu Lan no le dejaba proferir una palabra; El niño se notaba absurdamente rígido, y, al mirar a su madre, le escocían los ojos por ganas de llorar. Le daba pena pensar que no podría ver a su madre todos los días.

Observado esto por Jaime, le animó diciendo:

—¡Hay que ser valiente! Piensa en lo divertido que será cuando vuelvas aquí, volando en un aeroplano tuyo, a ver a tu familia. Piensa en lo que te agradará llevarlos por todo el cielo en tu

aparato. Además, vendrás a tu casa a pasar las vacaciones de Año Nuevo. Yo mismo te traeré.

Sonrió entonces Yu Lan a la abnegada mujer que le dio el ser, hizo sendas reverencias a su padre y a los aldeanos de más edad, despidiose de toda la caterva infantil del pueblo a grito pelado y dio un cariñoso tironcito a la trenza de su hermanita Mei. Luego subió al avión y ocupó un sitio al lado de Smith. Iban un poco apretados Jaime y él, porque el niño se había puesto dos chaquetas.

—En el cielo siempre hace frío —le había dicho Jaime.

Pudieron acomodarse, sin embargo. Empezaron a hacer más ruido los motores mientras la muchedumbre les decía adiós. Yu Lan pensó que el aeroplano corría muy de prisa por el suelo, pero figuraos lo que le parecería que corría cuando se elevaron en el aire.

—¡Ahora ya sé cómo vuela mi pichón! —dijo a Smith.

Jaime se limitó a sonreír, pues la verdad era que no podía oír lo que le decía su pequeño compañero. Estaba muy ocupado, además. Un aeroplano en pleno vuelo exige mucha atención en su manejo por parte del piloto, y éste no puede distraerse en otras cosas.

Yu Lan se arrimó mucho a Jaime. Se puso a mirar todo lo que se veía. Se le hacía extraño estar a tanta altura sobre la tierra. Le sorprendía ver que todas las cosas que él había creído grandes eran pequeñas. Las casas, los ríos, las aldeas, los campos, hasta las ciudades, parecían pequeñísimas. Vista desde el cielo, parecía la tierra lisa completamente; los colores semejaban retazos de tela cosidos unos a otros. Volaron y volaron hasta que Yu Lan se imaginó que había estado volando largo tiempo y se había acostumbrado del todo a ello. Comenzó a sentir el aguijón del hambre y desenvolvió el paquete de comida que la previsión de su amante madre le había hecho llevar. Comió un poco. El aire estaba calmado, el cielo diáfano, y Jaime, con su mano libre, comía también. Luego que hubo satisfecho la necesidad que imponía el instinto de conservación, Yu Lan se sintió tan dichoso y tan seguro al lado del norteamericano piloto que se entregó en los brazos de Morfeo. Se enroscó como quien dice en su rincón, y, reposando la cabeza en el brazo de su compañero, se quedó profundamente dormido.

Jaime miró el amarillo y apacible rostro del niño y musitó

sonriendo:

—¡Saludo en ti, Kung Yu Lan, al futuro as de la aviación de China!

PEARL SYDENSTRICKER BUCK (Hillsboro, 1892 - Danby, 1973). Novelista estadounidense y Premio Nobel de Literatura en 1938, que pasó la mayor parte de su vida en China y cuya obra, influida por las sagas y la cultura oriental, buscaba educar a sus lectores. Recibió el premio Nobel en 1938. Hija de unos misioneros presbiterianos, vivió en Asia hasta 1933.

Su primera novela fue *Viento del este, viento del oeste* (1930), a la que siguió *La buena tierra* (1931), ambientada en la China de la década de 1920 y que tuvo gran éxito de crítica, recibiendo por ella el premio Pulitzer. Es un relato epopéyico de grandes relieves y detalles vívidos acerca de las costumbres chinas; está considerada, en esa vertiente, como una de las obras maestras del siglo.

La buena tierra forma la primera parte de una trilogía completada con *Hijos* (1932) y *Una casa dividida* (1935), que desarrollarían el tema costumbrista chino a través de sus tres arquetipos sociales: el campesino, el guerrero y el estudiante. Por la trilogía desfilan comerciantes, revolucionarios, cortesanas y campesinos, que configuran un ambiente variopinto alrededor de la familia Wang Lung. Se narra la laboriosa ascensión de la familia hasta su declive final, desde los problemas del ahorro económico y las tierras hasta la aparición de la riqueza y de conductas y sentimientos burgueses.

En 1934 publicó *La madre*, y en 1942 *La estirpe del dragón*, otra epopeya al estilo de *La buena tierra* donde apoyó la lucha de los chinos contra el imperialismo japonés, en un relato que parte de una familia campesina que vive cerca de Nankín. También escribió numerosos cuentos, reunidos bajo el título *La primera esposa*, que describen las grandes transformaciones en la vida de su país de residencia. Los temas fundamentales de los cuentos fueron la contradicción entre la China tradicional y la nueva generación, y el mundo enérgico de los jóvenes revolucionarios comunistas.

En 1938 publicó su primera novela ambientada en Estados Unidos, *Este altivo corazón*, a la que le siguió *Otros dioses* (1940), también con escenario norteamericano, donde trata el tema del culto de los héroes y el papel de las masas en este sentido: el personaje central es un individuo vulgar que por azar del destino comienza a encarnar los valores americanos hasta llegar a la cima.

A través de su libro de ensayos *Of Men and Women* (1941) continuó explorando la vida norteamericana. El estilo narrativo de Pearl S. Buck, al contrario de la corriente experimentalista de la época, encarnada en James Joyce o Virginia Wolf, es directo, sencillo, pero a la vez con resonancias bíblicas y épicas por la mirada universal que tiende hacia sus temas y personajes, así como por la compasión y el deseo de instruir que subyace a un relato lineal de los acontecimientos.

Entre sus obras posteriores cabe mencionar *Los Kennedy* (1970) y *China tal y como yo la veo*, de ese mismo año. Escribió más de 85 libros, que incluyen también teatro, poesía, guiones cinematográficos y literatura para niños.